

los aprendices.) Siempre salís con vuestras necias canciones!...

APRENDICES.—David ¿qué significa eso? Más te valdría no ser tan orgulloso y necio. ¡Día de san Juan! día de san Juan! Este no quiere tratar con Magdalena.

MAGDALENA.—¡Oye, David!... vuélvete!...

DAVID.—¿Usted aquí?

MAGDALENA (indicando la cesta).—Aquí te traigo algo bueno. Mira; esto ha de ser para ti, si me cuentas lo que le ha pasado al caballero; ¿qué le aconsejaste? ¿ha ganado el premio?

DAVID.—¡Ay, Magdalena! Malo se ha puesto! Ha cantado muy mal, y ha perdido.

MAGDALENA.—¿Ha cantado mal y ha perdido?

DAVID.—¿Y á ti qué te importa?

MAGDALENA (retirando el cesto, en el punto en que David extiende hacia él la mano).—¡Quietas las manos! que no hay nada para ti, goloso! qué lástima, que haya perdido nuestro hidalgo!

(Vuélvese con muestras de tristeza á su casa. David la sigue con la vista.)

APRENDICES (se han ido acercando poco á poco y rodean á David felicitándole).—Felicitamos al joven caballero por su matrimonio! con qué suerte hace el amor! Todo lo hemos visto y oído... La muchacha á quien ha consagrado su amor... le retira la cesta (1).

DAVID (furioso).—¿Qué hacéis aquí, holgazanes? ¡Silencio!... Chitón!

APRENDICES (bailando alrededor de David).—¡Día de san Juan! día de san Juan! Cada cual corteja á su gusto; el viejo á la niña; el joven á la vieja; el maestro como el muchacho: ¡qué júbilo! qué fiesta! Viva la fiesta de san Juan!

(David encolerizado, va á pegarles, cuando sale

(1) Frase equívoca que en alemán significa también rehusa la solicitud de un amante.

Sachs y se interpone entre ellos. Los muchachos se van en tropel.)

SACHS.—¿Qué pasa? ¿otra vez riñendo?

DAVID.—¿Yo? estaban cantando coplas indecentes.

SACHS.—Pues no las escuches; y procura aprender otras mejores. Vaya, chitón; á casa; cierra la puerta y enciende la luz.

DAVID.—¿Y no puedo ir á dar lección de canto?

SACHS.—No; hoy no cantarás; en castigo á tu mala conducta pondrás los zapatos nuevos en la horma. (Ambos entran en el taller y desaparecen por la puerta interior.)

(Salen Pogner y Eva y como volviendo de paseo cogidos del brazo, suben por el callejón, pensativos y silenciosos.)

POGNER (mirando por una de las rendijas de la ventana de Sachs).—Vamos á ver si nuestro vecino Sachs está en casa; desearía hablarle. ¿Qué te parece si entrase?

(David sale con la luz y se pone á trabajar á su velador, junto á la ventana.)

EVA.—Me parece que está en casa, porque veo luz dentro.

POGNER.—¿Entraré? ¿y para qué, después de todo? ¡vale más que no vaya! Cómo convencer á un hombre tan raro! (Después de reflexionar un instante.) Hasta ahora él no creyó seguramente que

yo errase, y sin embargo, no salgo nunca de lo que me imponen los preceptos. No era este su modo de obrar... Quizás le mueve ahora el amor propio... (A Eva.) ¿Y tú no dices nada?

EVA.—La hija obediente sólo habla cuando le preguntan.

POGNER.—¡Qué prudencia y qué bondad! Ven; siéntate aquí un momento en este banco, á mi lado. (Se sienta en el banco de piedra debajo del tilo.)

EVA.—¿No siente usted el fresco? Hoy ha hecho mucho calor!

POGNER.—Al contrario; la temperatura está muy agradable esta tarde. (Eva se sienta con tristeza.) ¡Feliz anuncio del hermoso día que ha de lucir para ti mañana! ¿No te dicen los latidos de tu corazón, la dicha que mañana te aguarda cuando te veas rodeada de toda la ciudad de Nuremberg, y de altos consejeros, con la municipalidad y ciudadanos, gremios y pueblo, y adelantándote entregarás la guirnalda y elegirás por esposo al maestro que mejor te parezca?

EVA.—Querido padre ¿y ha de ser maestro precisamente?

POGNER.—Sí, hija mía; pero entiéndelo bien, el maestro que tú elijas.

(Sale Magdalena y hace señas á Eva.)

EVA (distráida).—Sí, ya entiendo! el que yo elija! Pero entremos en seguida. ¡Margarita! ¿está la cena?

POGNER (levantándose contrariado).—¿Y no tenemos convidado hoy?

EVA (distráida).—¡El hidalgo quizá!

POGNER (con sorpresa).—¿Como?

EVA.—¿No le has visto hoy?

POGNER.—(Sí y no me dejó muy satisfecho.) Pero ¿qué estoy diciendo! qué necio soy!

EVA.—Vamos, papaito; vaya usted á mudarse la ropa.

POGNER (entra en la casa).—¡Pero qué me está pasando! ¡hum! hum!

MAGDALENA (con sigilo).—¿Has sabido algo?

EVA (con sigilo).—Mi padre no me ha dicho una palabra.

MAGDALENA.—David me decía que ha perdido.

EVA.—¡El caballero! Dios mío! qué voy á hacer! qué angustia! ¿dónde podré averiguarlo?

MAGDALENA.—Tal vez Sachs...

EVA.—Es verdad, ¡me quiere tanto! iré á verle...

MAGDALENA.—Pero mucho cuidado; tu padre va á sospechar algo si nos quedamos aquí más tiempo. Después de cenar te diré lo que álguien me ha confiado en secreto...

EVA.—¿Quién, el hidalgo?...

MAGDALENA.—No, nada de eso, Beckmesser...

EVA.—¡Bueno será!

(Entran en casa. Sachs vuelve sencillamente vestido en ropa de casa, entra en su taller y se sienta á la mesita junto á David.)

SACHS.—Veamos... está bien. Ponme á la puerta mi mesa y taburete: ahora puedes ir á acostarte, pero has de madrugar... á ver si el sueño te alivia de tu estupidez...

DAVID (arreglando la mesa y la silla).—¿Va usted á trabajar todavía?

SACHS.—¿A ti qué te importa?

DAVID.—(¿Qué tendrá Magdalena? ¿quién sabe? ¿por qué velará el maestro esta noche?)

SACHS.—¿Todavía estás aquí?

DAVID.—Buenas noches, maestro.

SACHS.—Buenas noches.

(Vase David, Sachs se dispone á trabajar, se sienta en el taburete, apoyando el brazo en el alféizar de la ventana.)

SACHS.—¡Qué olor despide ese saúco! ¡me siento conmovido é inspirado! Parece que me invita á componer! ¿pero qué valen mis versos, pobre y sencillo como soy? Así descuido mi trabajo, cuando mejor fuera que me dejase de poesías y me entretuviese en tender el cuero (se pone á trabajar

y á poco queda pensativo). Y sin embargo, lo siento, no puedo resistir, no puedo olvidar, no puedo contenerme... ¡Cómo explicar lo que me parecía infinito! ¡lo que sin corresponder á ninguna regla, no tiene incorrecciones! Viejo era el canto, y á pesar de todo parecía tan nuevo como el de los pájaros en Mayo. El que lo oye queda embelesado y le parece que le seguiría. ¡Cómo puede merecer este canto la derrota! Sin duda, la primavera le impuso tan dulce obligación y él canta espontáneamente obedeciendo á ella... Y cantó como debía... Gran pico tenía el pájaro... ¡qué susto se llevaron los maestros!... pero lo que es á Sachs, le gustó soberanamente.

(Sale Eva y, acechando, se acerca con timidez á la puerta de Sachs presentándose de repente.)

EVA.—Buenas tardes, maestro; ¿todavía tan ocupado?

SACHS (agradablemente sorprendido, se levanta de golpe).—¡Ah! hija ¿tan tarde, por acá? Ya supongo á qué vienes... Vendrás á hablarme de los zapatos nuevos ¿verdad?...

EVA.—No, señor: ¡qué error! todavía no me los he probado; son tan lindos y tan ricamente adornados, que no me atrevo á calzármelos.

SACHS.—Pero mañana tendrás que ponértelos como novia.

EVA (que se ha sentado en el banco de piedra cerca de Sachs).—¿Y quién va á ser el novio?

SACHS.—¡Qué sé yo!

EVA.—¿Y por dónde sabe usted que yo soy novia?

SACHS.—Toma ¡si lo sabe toda la ciudad!

EVA.—Pues entonces, está usted muy bien informado. Yo creí que sabía usted más...

SACHS.—¿Qué es ello?

EVA.—¡Esta es buena!... tendré que decirlo yo. ¿Soy muy inocente, verdad?... ¿Qué ladino es usted?

SACHS.—Yo no digo eso.

EVA.—Entonces usted no sabe nada. Usted no dice



nada. Ya veo que es cierto el adagio: mucha diferencia va de la pez á la cera. Yo le creía á usted más perspicaz.

SACHS.—Niña; á mí me es tan familiar la pez como la cera. Con una ablando los hilos de seda, con la otra he cosido bonitos zapatos, y hoy los hago con hilo más grosero.

EVA.—¿Y para qué parroquianos son estos? ¿Quién es él? ¿Es buen sujeto?

SACHS.—¡Ya lo creo! es muy osado y dispuesto á ganar el premio... Estos zapatos son para Beckmesser...

EVA.—Póngales usted mucha pez; á ver si queda pegado y me deja tranquila.

SACHS.—El se figura que va á casarse contigo en premio.

EVA.—¿Y cómo puede él conseguir mi mano?

SACHS.—Es soltero y en el gremio hay pocos.

EVA.—¿Y no podría obtenerlo un viudo?

SACHS.—Ese es demasiado viejo para ti.

EVA.—¿Cómo, viejo? Aquí se trata del arte; el que lo entienda puede aspirar á mí, sea quien fuere.

SACHS.—¡Ay, Eva, Eva! ¡me haces concebir ciertas ilusiones!

EVA.—Yo, no. Usted es muy chancero; confiese que usted es muy voluble. Sabe Dios quién dominará ahora en su corazón, cuando hace tantos años que pensaba poseer su cariño.

SACHS.—¿Por qué me gustaba llevarte en brazos?

EVA.—Supongo que sería porque no tiene usted hijos.

SACHS.—No; porque entonces yo tenía mujer é hijos.

EVA.—Pero cuando se murió la mujer, yo fui creciendo.

SACHS.—Y te hiciste muy guapa.

EVA.—Por eso creí que me tomaría usted por esposa y niña al mismo tiempo.

SACHS.—¡Ojalá tuviese yo una esposa y una niña! ¡qué grato sería para mí!... ¡buena ocurrencia!

EVA.—¡Vamos, que usted se burla! Ya sé yo que sería usted capaz de que se me llevara en premio el tal Beckmesser.

SACHS.—¿Qué puedo yo hacer si él lo obtiene? Sólo tu padre podría remediarlo.

EVA.—Me parece que ha perdido usted el juicio... cuando precisamente venía yo buscándolo...

SACHS.—Verdad, ¡qué cabeza la mía! Dispénsame, he tenido un gran disgusto y estoy muy perturbado.

EVA.—Habrás sido en la escuela, ¿verdad? Como hoy ha habido sesión...

SACHS.—Sí tal; lo que me preocupa es el certamen.

EVA.—¿Por qué no lo ha dicho usted desde luego?... entonces yo no le hubiera abrumado á preguntas. ¿Y quién era el aspirante?...

SACHS.—Un hidalgo, niña, muy ignorante... por cierto.

EVA.—¿Un hidalgo? ¿y fué aceptado?

SACHS.—Todo lo contrario: fué muy reñida la discusión.

EVA.—Pero ¿qué sucedió?... Si usted está disgustado, ¿cómo puedo estar tranquila yo? Esto quiere decir que no fué recibido...

SACHS.—En efecto; cantó tan mal, que perdió.

MAGDALENA (sale de la casa y llama en voz baja).—Eva, Eva, psit... pst...

EVA.—¿Cómo es eso? ¿perdió?... ¿tan malo era el canto que no pudo alcanzar el título?...

SACHS.—Hija mía, perdió y en ninguna parte le concederán que sea maestro, pues el que ya nació tal, es mal mirado por los demás.

MAGDALENA (acercándose).—Tu padre te llama.

EVA.—Déjame... ¿y no tuvo quién le protegiera?

SACHS.—¡Bueno fuera!... ¡ser amigo suyo! Como todos se sienten tan pequeños delante de él, nadie quiere ser su amigo. Váyase el hidalgo orgulloso

en hora mala y déjenos gozar tranquilamente lo que hemos aprendido con tantos esfuerzos. Aquí molesta; pruebe fortuna en otro lado.

EVA (levantándose con viveza).—Sí, en otra parte hallará quien le aplauda, donde haya corazones más sensibles que el del pérfido Juan, y no entre vosotros, ¡envidiosos! (A Magdalena.) Voy en seguida... ¿Qué consuelo pueden darme aquí... donde huele todo á pez...? Al menos si ardiera, daría calor...

(Atraviesa muy agitada la calle, y se pára en la puerta de su casa.)

SACHS (moviendo la cabeza pensativo).—¡Ya me figuraba yo esto! ¡Esto es cosa de reflexionarlo!

(En esto, Sachs sigue ocupado en cerrar los postigos, de modo que se percibe poca luz y desaparece casi por completo.)

MAGDALENA.—Por Dios, ¿por qué has tardado tanto? tu padre llamaba.

EVA.—Vé á decirle que estoy en cama.

MAGDALENA.—No; óyeme; he encontrado á Beckmesser y dice que vendrá á darte una serenata de violín y canto, y será forzoso que te asomes á la ventana. Por lo visto confía que te gustará y que podrá conquistarte.

EVA.—Esto nos faltaba; si viniese solo, menos mal.

MAGDALENA.—¿Has visto á David?

EVA.—¿Qué tengo que ver con él?

MAGDALENA.—(Le traté con demasiado rigor; temo que esté fligido.)

EVA.—¿No distingues todavía nada?

MAGDALENA.—Parece que viene gente.

EVA.—Si fuese él...

MAGDALENA.—Vámonos ahora... subamos...

EVA.—No quiero irme hasta ver á quién amo.

MAGDALENA.—No es él; me equivocaba; vente, créeme, sino tu padre va á sospechar.

EVA.—¡Qué miedo tengo!

MAGDALENA.—Vamos á ver cómo nos desharemos de Beckmesser.

EVA.—Tú te asomará por mí á la ventana.

MAGDALENA.—¿Cómo?... ¡yo! no quiero. David tendría celos; la ventana de su cuarto da á la calle, ¡estaría bueno!... ja... ja... ja..

EVA.—Oigo pasos.

MAGDALENA.—Vente ahora.

EVA.—Se acercan...

MAGDALENA.—Te equivocas, no es nada. Te lo aseguro. Ven, ven; tu padre ya se ha acostado.

POGNER (dentro).—¡Eh! Magdalena, Eva...

MAGDALENA.—¿Oyes?... el tiempo urge, y quién sabe dónde está el caballero.

(En esto Walther sube por la calle y dobla la esquina de la casa de Pogner en el momento en que Eva se retiraba cogida del brazo de Magdalena. Al verle la niña, suelta un grito y corre al encuentro de Walther.)

EVA.—Aquí está.

MAGDALENA (entrando en la casa).—Ahora están juntos; hay que vigilarles.

EVA (fuera de sí).—¡Eres tú!... no, no lo eres... Tú que lo sabes todo, á quien confío mis penas, mi único amigo... ¡el laureado!

WALTHER (con pasión).—¡Ah! te engañas; soy tu amigo, es verdad, pero no el laureado. No alcancé á igualar á los maestros; desprecian mi canto y me es imposible aspirar á la mano de mi amiga.

EVA.—Pero como ella es la que confiere el premio, la única que reconoce tu mérito, sólo á ti elegirá.

WALTHER.—Te equivocas; aunque tu padre no te destinase á otro, tendría que renunciar á tu mano. «El novio de mi hija debe ser maestro cantor, y sólo quien haya obetenido el premio, será su esposo.» Así dijo tu padre delante de aquellos señores, y no puede retractarse aunque quisiese. Esto me dió valor y aunque todo me parecía extraño... canté...

canté con fuego y pasión para obtener el título... Pero ¡estos maestros!... ¡estos maestros!... ¡cuando sus versos son de remendones!... ¡Ah! ¡siento reavivarse mi cólera, me palpita el corazón con sólo recordar en qué trampa fui á caer! Lejos de aquí, en mi país, en mi estado libre, soy dueño de mi casa; ¿quieres ser mi esposa? ¿te atreverás á seguirme? ¡huyamos! ¡no queda otro camino, ni otra esperanza! Por donde quiera, me parece verme rodeado de los maestros, como turba de maléficos genios, burlándose de mí, juntándose por calles y talleres, como durante el canto, gesticulando, cuchicheando, rodeándote y pidiendo con voz ronca tu mano, como novia ofrecida al mejor cantor; oigo cómo te alaban, balbucientes y conmovidos... ¡y he de sufrirlo yo, sin pegarles! (Suena la bocina del sereno. Walther echa mano á la espada con altivez.) ¡Ah!

EVA (con ternura y deteniéndole).—No te irrites así; es el sereno; escóndete pronto detrás del tilo, que va á pasar por aquí.

MAGDALENA (en voz baja desde la puerta).—¡Eva! ¡ya es hora! ¡ven, corre!

WALTHER.—¡Cómo! ¿te vas?

EVA.—¿No debo?...

WALTHER.—¿Huyes?

EVA.—Sí; del tribunal de los maestros.

(Vase corriendo con Magdalena.)

EL SERENO.—Oíd: las diez han dado; cubrid el fuego; apagad la luz; cuidad de que para nadie resulte daño; ¡alabado sea Dios!

(Vase y suena otra vez la bocina.)

SACHS (que había escuchado, detrás de la puerta, el anterior diálogo, entreabre la puerta).—¡Malo, malo, ¡proyectan un rapto! ¡no puedo permitirlo!

WALTHER (detrás del tilo).—Si no volviese ¡qué angustia! Ella vuelve ¡oh desdicha! ¡es la vieja!... No; ¡ella es!...

EVA (sale vestida con el traje de Magdalena y se

dirige á Walther.)—¡Loco! ¡aquí me tienes! (Se echa en sus brazos.)

WALTHER.—¡Cielos!... Gané el premio...

EVA.—¡Vaya!... ¡cálmate!...

WALTHER.—Por esta calle, á la puerta de la ciudad, encontraremos el criado y los caballos.

(Cuando van á doblar la esquina, Sachs, que había colocado la lámpara detrás de un globo, saca la luz, que derrama su claridad á través de la calle, por la puerta de la tienda, de modo que de golpe alumbrá á Walther y á Eva.)

EVA (tirando á Walther hacia la sombra).—¡Oh, desdicha! ¡Si el zapatero nos viese!... ¡escóndete!... no te acerques á él...

WALTHER.—¿Por dónde vamos?

EVA (señalando hacia la izquierda).—No conozco muy bien el camino, y pudiéramos dar con el sereno.

WALTHER.—Entonces, huyamos calle arriba.

EVA.—Aguarda á que se retire el zapatero.

WALTHER.—Yo haré que se meta dentro.

EVA.—Cuida de que no te vea, porque te conoce.

WALTHER.—¿El zapatero?

EVA.—Es Sachs.

WALTHER.—Es amigo mío

EVA.—No lo creas; hace poco que hablaba mal de ti.

WALTHER.—¡Cómo!... ¿Sachs? ¡también él!... Voy á apagarle la luz.

(Es esto Beckmesser, que ha ido siguiendo al sereno furtivamente, á corta distancia, mirando á las ventanas de la casa de Pogner, se ha sentado en un banco de piedra, apoyándose en la pared de Sachs, y se dispone á tocar el laúd que lleva consigo.)

EVA (deteniendo á Walther).—No lo hagas; escucha.

WALTHER.—¡Suena un laúd!

EVA.—¡Ah!... ¡qué horrible ansiedad!

WALTHER.—¿Qué temes?... El zapatero ha retirado la luz... atrevámonos...

EVA.—¿No oyes?... otro ha venido y está allí.

WALTHER.—Ya oigo, y le veo; es un músico... ¡Qué querrá á estas horas!

EVA.—Es Beckmesser.

(Al oír esto, Sachs, baja otra vez la luz, como obediendo á una resolución, abre la puerta de la tienda y llama á ella el velador.)

Es él!... Y está en mi poder, ¡miserable!

Es él!... Y está en mi poder, ¡miserable!

¡Maldito! despertará padre! déntonces se irá á acosar detrás del zarzal. ¡Cuán-

abres!

den detrás del zarzal, debajo empieza á rascar el laúd de

ate para ver si se abre la ventana dispone á cantar, Sachs da de

la lámpara que ilumina la calle,

y baja el cuero con fuertes martillazos se pone á cantar en alta voz.)

SACHS (cantando).—Cuando Eva fué echada del Paraíso por Dios Nuestro Señor, lastimaban las duras peñas su pie desnudo. El Señor tuvo lástima de ella; llamó á un ángel y le dijo: Haz un par de zapatos para esta pecadora; veo que Adán tropieza en los guijarros, toma medida de un par de botas para que puedan andar cómodamente.

BECKMESSER (interrumpiendo su canto).—¿Qué es esto? ¡Malditos gritos! ¡qué ocurrencia la de este rudo zapatero! (Presentándose á Sachs.) ¿Cómo, maestro, trabaja usted tan tarde?

SACHS.—¿Cómo, señor escribano, no se recoge usted todavía? ¿Teme usted que no le acabe los za-

dirige á Walther.)—¡Loco! ¡aquí me tienes! (Se echa en sus brazos.)

WALTHER.—¡Cielos!... Gané el premio...

EVA.—¡Vaya!... ¡cálmate!...

WALTHER.—Por esta calle, á la puerta de la ciudad, encontraremos el criado y los caballos.

(Cuando van á doblar la esquina, Sachs, que había colocado la lámpara detrás de un globo, saca la luz, que derrama su claridad á través de la calle, por la puerta de la tienda, de modo que de golpe alumbra á Walther y á Eva.)

EVA (tirando á Walther hacia la sombra).—¡Oh, desdicha! ¡Si el zapatero nos viese!... ¡escóndete!... no te acerques á él...

WALTHER.—¿Por dónde vamos?

EVA (señalando hacia la izquierda).—No conozco muy bien el camino, y pudiéramos dar con el sereno.

WALTHER.—Entonces, huyamos calle arriba.

EVA.—Aguarda á que se retire el zapatero.

WALTHER.—Yo haré que se meta dentro.

EVA.—Cuida de que no te vea, porque te conoce.

WALTHER.—¿El zapatero?

EVA.—Es Sachs.

WALTHER.—Es amigo mío

EVA.—No lo creas; hace poco que hablaba mal de ti.

WALTHER.—¡Cómo!... ¿Sachs? ¡también él!... Voy á apagarle la luz.

(Es esto Beckmesser, que ha ido siguiendo al sereno furtivamente, á corta distancia, mirando á las ventanas de la casa de Pogner, se ha sentado en un banco de piedra, apoyándose en la pared de Sachs, y se dispone á tocar el laúd que lleva consigo.)

EVA (deteniendo á Walther).—No lo hagas; escucha.

WALTHER.—¡Suena un laúd!

EVA.—¡Ah!... ¡qué horrible ansiedad!

WALTHER.—¿Qué temes?... El zapatero ha retirado la luz... atrevámonos...

EVA.—¿No oyes?... otro ha venido y está allí.

WALTHER.—Ya oigo, y le veo; es un músico... ¡Qué querrá á estas horas!

EVA.—Es Beckmesser.

(Sachs al oír el laúd, baja otra vez la luz, como obedeciendo á repentina resolución, abre la puerta de la tienda y coloca junto á ella el velador.)

SACHS.—¡Me lo temía!...

WALTHER.—¡Mi juez!... ¡Es él!... Y está en mi poder! Voy á quitarle la vida, ¡miserable!

WALTHER.—¡Mi juez!... ¡Es él!... Y está en mi poder! Voy á quitarle la vida, ¡miserable!

EVA.—Por Dios! escucha! despertará padre! déjale que acabe su canción; entonces se irá á acostar... Vámonos á escondernos detrás del zarzal. ¡Cuánta pena me dan estos hombres!

(Ase á Walther y se escoden detrás del zarzal, debajo del tilo. Beckmesser empieza á rascar el laúd de un modo discordante para ver si se abre la ventana. Cuando se dispone á cantar, Sachs da de nuevo más luz á la lámpara que ilumina la calle, y batiendo el cuero con fuertes martillazos se pone á cantar en alta voz.)

SACHS (cantando).—Cuando Eva fué echada del Paraíso por Dios Nuestro Señor, lastimaban las duras peñas su pie desnudo. El Señor tuvo lástima de ella; llamó á un ángel y le dijo: Haz un par de zapatos para esta pecadora; veo que Adán tropieza en los guijarros, toma medida de un par de botas para que puedan andar cómodamente.

BECKMESSER (interrumpiendo su canto).—¿Qué es esto? ¡Malditos gritos! ¡qué ocurrencia la de este rudo zapatero! (Presentándose á Sachs.) ¿Cómo, maestro, trabaja usted tan tarde?

SACHS.—¿Cómo, señor escribano, no se recoge usted todavía? ¿Teme usted que no le acabe los za-

dirige á Walther.)—¡Loco! ¡aquí me tienes! (Se echa en sus brazos.)

WALTHER.—¡Cielos!... Gané el premio...

EVA.—¡Vaya!... ¡cálmate!...

WALTHER.—Por esta calle, á la puerta de la ciudad, encontraremos el criado y los caballos.

(Cuando van á doblar la esquina, Sachs, que había colocado la lámpara detrás de un globo, saca la luz, que derrama su claridad á través de la calle, por la puerta de la tienda, de modo que de golpe alumbra á Walther y á Eva.)

EVA (tirando á Walther bajo la sombra).—¡Oh, desdicha! ¡Si el zapatero me ve!... ¡escóndete!... no te acerques á él...

WALTHER.—¿Por dónde?

EVA (señalando).—¡Mira!... ¡conozco muy bien el camino!... ¡ven conmigo!...

WALTHER.—Eh...

EVA.—Aguarda a...

WALTHER.—Yo...

EVA.—Cuida de...

WALTHER.—¡J...

EVA.—Es Sa...

WALTHER.—E...

EVA.—No lo creas...

ti.

WALTHER.—¡Cómo... y á apagarle la luz.

(Es esto Beckmesser, que se ha escondido furtivamente, á mirar á las ventanas de la casa, se ha sentado en un banco de piedra, apoyándose en la pared de Sachs, y se dispone á tocar el laúd que lleva consigo.)

EVA (deteniendo á Walther).—No lo hagas; escucha.

WALTHER.—¡Suena un laúd!

EVA.—¡Ah!... ¡qué horrible ansiedad!

WALTHER.—¿Qué temes?... El zapatero ha retirado la luz... atrevámonos...

EVA.—¿No oyes?... otro ha venido y está allí.

WALTHER.—Ya oigo, y le veo; es un músico... ¡Qué querrá á estas horas!

EVA.—Es Beckmesser.

(Sachs al oír el laúd, baja otra vez la luz, como obedeciendo á repentina resolución, abre la puerta de la tienda y coloca junto á ella el velador.)

SACHS.—¡Me lo temía!...

WALTHER.—¡Mi juez!... ¡Es él!... Y está en mi poder! Voy á quitarle la vida, ¡miserable!

WALTHER.—¡Mi juez!... ¡Es él!... Y está en mi poder! Voy á quitarle la vida, ¡miserable!

EVA.—Por Dios! escucha! despertará padre! déjale que acabe su canción; entonces se irá á acostar... Vámonos á escondernos detrás del zarzal. ¡Cuánta pena me dan estos hombres!

(Ase á Walther y se escoden detrás del zarzal, debajo del filo. Beckmesser empieza á rascar el laúd de un modo discordante para ver si se abre la ventana. Cuando se dispone á cantar, Sachs da de nuevo más luz á la lámpara que ilumina la calle, y batiendo el cuero con fuertes martillazos se pone á cantar en alta voz.)

SACHS (cantando).—Cuando Eva fué echada del Paraíso por Dios Nuestro Señor, lastimaban las duras peñas su pie desnudo. El Señor tuvo lástima de ella; llamó á un ángel y le dijo: Haz un par de zapatos para esta pecadora; veo que Adán tropieza en los guijarros, toma medida de un par de botas para que puedan andar cómodamente.

BECKMESSER (interrumpiendo su canto).—¿Qué es esto? ¡Malditos gritos! ¡qué ocurrencia la de este rudo zapatero! (Presentándose á Sachs.) ¿Cómo, maestro, trabaja usted tan tarde?

SACHS.—¿Cómo, señor escribano, no se recoge usted todavía? ¿Teme usted que no le acabe los za-

patos? Ya ve que estoy trabajando en ellos; mañana los tendrá.

BECKMESSER.—¡Llévese el diablo los zapatos! Lo que yo quiero es que haya silencio.

WALTHER (á Eva).—¿Qué canción es esta? ¿Por qué te nombra á ti?

EVA.—Ya lo entiendo; me alude maliciosamente.

WALTHER.—¡Qué excitación! Con esto el tiempo pasa y nos vamos retardando.

SACHS (continúa trabajando). — Tarará... tarará... ¡Oh Eva! mujer maligna! Tú tienes la culpa de que ahora tengamos que calzar zapatos: si hubieses obrado con mayor prudencia en el Paraíso, no habría entonces guijarros. Por tu pecado tengo ahora que manejar la lezna y el hilo, y gracias á la debilidad del señor Adán, pegarles suelas á los zapatos y encerrar el hilo... Si yo fuese un ángel puro, ¡qué el diablo fuese zapatero!

BECKMESSER.—Acaba: ¿quieres fastidiarme? siempre serás el mismo.

WALTHER CON EVA.—¿De quién se burla el juez? ¡toma; de los dos! Cuánto lo siento! presagio algo malo!

SACHS.—¿Qué importa que yo cante?... he de acabar ese par de zapatos.

BECKMESSER.—Cierra la puerta y cállate.

WALTHER.—¡Animo, ángel mío!

EVA.—Me aflige esa canción.

WALTHER.—Ni la escucho siquiera; ¡estás cerca de mí! qué delicioso sueño! (La estrecha tiernamente.)

SACHS.—El trabajo de noche es pesado. Para animarme necesito cantar alegremente al aire libre. Oiga usted la tercera estrofa.

BECKMESSER (mientras Sachs vuelve á cantar).—¡Oh rabia! ¡qué modo de chillar! Ahora creará ella que yo soy el autor de esta música.

SACHS (continúa trabajando).—Traralá... traralá... Eva, escucha mi grito de dolor, mi pena, mis dis-

gustos; las obras de arte de un zapatero, el mundo las destroza con sus pies; si un ángel no me consolara, daría al diablo mi oficio... mientras el ángel me arrebatara en éxtasis, el mundo se halla á mis pies, y soy Sachs el zapatero y el poeta.

BECKMESSER (viendo que se abre la ventana sin ruido).—Se abre la ventana, ¡es ella!

EVA (á Walther).—Esta canción me da pena; huyamos.

WALTHER (desenvainando la espada).—Pues tiro de la espada.

EVA.—¡Ah, no! ¡eso no! ¡detente!

WALTHER.—Es verdad; no lo merece.

EVA.—Calma, amigo mío, calma; ¡cuántas penas te causo!

WALTHER.—¿Quién está en la ventana?

EVA.—Magdalena.

WALTHER.—Buena recompensa; esto me divierte.

EVA.—¡Cuánto deseo acabar y escaparnos!

WALTHER.—Falta que él empiece.

BECKMESSER (que mientras Sachs continúa trabajando se ha quedado muy pensativo y agitado).—Soy perdido si continúa cantando. (Se acerca á la ventana.) Amigo Sachs; oiga usted una palabra: ¿Qué gusto tiene usted en trabajar tanto en estos zapatos? lo que es yo los había olvidado. Como zapatero, le estimo; pero mucho más como colega en el arte; aprecio en mucho su buen criterio y por eso le ruego escuche este canto con el cual quiero mañana alcanzar el premio, si le parece á usted bien.

(Vuélvese de espaldas á la calle y empesza á rascar el laúd para llamar la atención de Magdalena, asomada á la ventana.)

SACHS.—¡Hola! Usted quiere engañarme y reñirme otra vez, echándome en cara que blasono de poeta, y descuido la tienda; ya veo que trabajo mal, tiene usted razón, lo veo, y dejo á un lado el ritmo y el